

cordando como yo he tratado de hacerlo los títulos de nobleza del gallo: si Saavers no hubiese llamado payamente á esta ave *el marido de la gallina*, no se hubieran visto esas estúpidas y atroces peleas de gallos en que median tantas apuestas. Se me dirá tal vez que los gallos no desean mas que batirse, y que los especuladores en estas funciones no hacen mas que seguir los instintos de estas belicosas aves abriéndoles un palenque y refidero. Error inglés: heregia zoológica. Colóquense frente á frente dos leones para divertir al público en una pelea: jamás se logrará que se batan, primero devorarán al público y á su amo. La esquisita sensibilidad del pundonor falta al león y desgraciadamente la tiene el gallo. Dos de estos alados combatientes que no se conocen, que no tienen ninguna rivalidad de corral, ningún rencor de celos, no se bati-

ral bastante despóticamente con la muger, y le impone los defectos que tiene. Al contrario el gallo tiene á su favor la belleza, la gracia, la fuerza, el valor, la nobleza, todas las cualidades, en fin, que faltan á la gallina, y sin embargo, ¡qué atención tan esquisita, qué cuidados conyugales, qué consideraciones domésticas no guarda con ellas esta maravillosa ave! A pesar de toda su belleza es tan sumiso como un esclavo con las gallinas, cual si fuera un monstruo de fealdad y tratase de hacer olvidar sus defectos por sus buenas cualidades.

Yo creo, sin afirmarlo, que todos los animales han sido criados para dar lecciones al hombre. El discípulo ha permanecido sordo, ciego é ingrato. Si las mugeres tuviesen necesidad de lecciones de amor materno, cosa imposible, tomarían su modelo en una de esas buenas madres



La gallina y sus polluelos.

rían si por acaso se encontrasen: pero colocados delante del público, no quieren dar pruebas de cobardía y pasar por gallinas: se acometen, se destrozan obedeciendo á este exagerado pundonor. En Inglaterra y en muchas provincias de España, particularmente en Andalucía, la riña de gallos es un espectáculo muy frecuente.

La gallina es la antítesis viva del gallo. Es sin duda una ley misteriosa de la naturaleza, la que ha establecido esta enorme diferencia moral y física en la misma especie. Tal vez el gallo ha sido creado para dar al hombre lecciones de sabiduría doméstica. ¡Quién sabe! Las conjeturas son permitidas, ensayemos una. El hombre es inferior á la muger en belleza, en gracia, en encantos, en sensibilidad, en inteligencia, y sin embargo, el hombre se conduce en gene-

de la raza gallinácea: una de esas madres atentas, cuidadosas, vigilantes, desinteresadas, que cubren sus polluelos con sus alas, con sus miradas, con su amor. No hay cuadro mas interesante, y como es muy vulgar, nos desdeñamos de mirarle. Los corrales son indignos de nuestra atención.

Acompañar sus hijuelos, no tener ninguna preferencia, amarlos á todos con un amor igual, mostrar por todos la misma solicitud, buscar su alimento, privarse ella misma de él por darle á su familia, pavonearse inocentemente con el orgullo de su fecundidad: todo esto es mucho, sin duda, pero la gallina da en cierta ocasion un ejemplo de heroísmo tan noble que supera á todas sus demas cualidades,

En el momento en que la gallina se parece á aquella madre del Salmista, á aquella madre que se regocija en sus hijos, *matrem filiorum letantem*, una invisible nube cruza por el azul del cielo, un lastimero gemido se oye en el aire, jamás han oído los polluelos esta doliente nota y la conocen. Suspenden sus juegos, la gallina abre sus alas, y cubre con ellas sus hijuelos.

¿Quién puede engañar el ojo de una buena madre, ó por mejor decir de una madre? Buena es una palabra superflua antes de madre. La costumbre hace cometer equivocaciones: perdonémoslas nuestras lectoras.

Esa nube invisible para todos es un gavilán: un bandido del aire, un feliz criminal que concluirá sus días en tranquila calma si no le alcanza una bala.

La desgraciada gallina ha descubierto el ave de rapiña como Leverrier descubre un planeta invisible. Estremécense todas sus plumas, palidece su cresta. El peligro es inmenso. ¡Sábese lo que puede hacer un gavilán!

Este pájaro asesino ve distintamente desde lo alto del cenit el átomo que rastrea sobre la tierra: cae como un aerolito, como un pesado plomo, recoge el átomo y se remonta otra vez á las nubes. Es un relámpago que anda dos veces el camino.

La gallina retiene su tesoro cautivo bajo sus alas, y mira con ojo oblicuo al infame raptor de sus polluelos. Ninguna queja exhala su pico: sabe que el menor grito sube á la atmósfera y descubre los que se quejan. ¡Pero cuánta inquietud, cuánta angustia, cuánto dolor maternal dejan ver en aquella silenciosa inmovilidad! En cuanto á ella, ha tomado noblemente su partido: nada teme por sí, todo el valor del gallo ha pasado á su corazón. Pronta á sacrificarse por sus hijuelos, no los oculta sino para presentarse ella como sola víctima al pájaro de rapiña, contenta con engañar al asesino y morir por la salvación de su familia. No pensará ni aun en resistirse de miedo de revelar con los movimientos de la defensa el tesoro que quiere salvar.

Si la terrible nube se aleja, si el gavilán, esa ave parodia del buitre, va á buscar á otra parte su merodeo, le sigue largo tiempo con los ojos en el inmenso camino del aire: no se apresurará á dejar en libertad á sus polluelos. Son tan finos los gavilanes, que algunas veces aparentan alejarse para volver, y así es que la gallina no se precipita. Cuando ha visto desaparecer el pájaro fatal en la inmensidad del horizonte da un grito alegre y suelta sus polluelos para que puedan retozar libremente sobre la yerba. La gallina es enemiga del agua, y así es que no hay una cosa mas triste que ver una gallina mojada.

Los latinos han dado dos nombres muy bien compuestos al gallo y á la gallina, *gallus* con nuestra verdadera pronunciación meridional es una palabra soberbia y altiva como la ave que designa. Descompuesta en seguida, tiene una declinación suave para designar la hembra, *gallina*. La lengua española, heredera directa del latín, ha conservado las dos palabras creadas en Roma, y ha hecho bien. En tanto en cuanto es posible, las palabras deben ser las imágenes de las cosas. Las lenguas griega y latina son galerías silábicas de pinturas, un largo concierto melodioso.

El gallo y la gallina son desde la creación del mundo dos necesidades absolutas de la vida humana: así se los encuentra en todos los países, bajo todas latitudes, en todos

los climas. La inagotable naturaleza ha variado hasta lo infinito las formas de esta especie: hay la gallina de Siam, de la Cochinchina, de Berbería, de Bengala, del Perú, de Lancaster, de Java, de las islas del Océano del Sur y de otros muchos países aun. La primera idea que le ocurre á todo colono en una tierra desierta, es el naturalizar las gallinas ó los gallos alrededor de su choza. Estas aves se aclimatan en todas partes, son maravillosamente fecundas, y aseguran la existencia de las familias. Los buques y vapores que hacen escala en los golfos de las islas ó de lejanos continentes, hallan siempre corrales fecundos para hacer grandes provisiones sin empobrecer á los naturales del país; estas aves son también el maná providencial de todas las fondas, posadas, ventas y ventorrillos del universo. Parece que los viajeros estarían espuestos á morir de hambre si faltasen los huevos. El huevo es un símbolo: es el germen de la vida, y los cartujos de San Bruno tenían mucha razón en pronunciar estas palabras «recibe la sal de la sabiduría; *accipe salem sapientie*» al echar la sal en los huevos. La sabiduría antigua quería que todo festín comenzase por los huevos: de aquí el proverbio *Ab ovo usque ab mala*; desde el huevo hasta las manzanas. El principio y fin de la comida no variaba jamás.

Tres grandes y antiguos pueblos han elegido sus emblemas de guerra en los animales: los romanos han adoptado el águila, los cartagineses el león, los gaulas el gallo. Así un simple pájaro de corral ha sido elevado á una dignidad heráldica que le ha colocado al nivel de la reina de los aires y del rey del Africa. El gallo ha tenido un honor que le faltó al león. Anibal, el cartaginés, plantó su león de Numidia sobre las alturas del Janículo, empero Roma le gritó: «No pasarás de ahí. *Non amplius ibis.*» El león retrocedió, bajó al llano y no volvió á presentarse mas. Había visto de lejos el campo de Marte y el templo de Júpiter Capitolino: no lo vió jamás de cerca.

El gallo intrépido, el gallo que se lanzaba desde una rama de encina de oro, el gallo de Breno, el gaula, ha atravesado la Italia cuatro siglos antes de la era cristiana: ha entrado triunfante en Roma, se ha colocado como vencedor sobre el templo de Delfos, á pesar del oráculo, y ha balanceado mas tarde durante diez años la fortuna del águila del gran Julio. Si Manlio Capitolino ha derribado el gallo gaula de lo alto del Capitolio, su audacia le ha sido funesta, porque este desgraciado romano fué precipitado de lo alto de la roca Tarpeya, y el gallo de Breno ha sido vengado. Si Manlio hubiese respetado á la sagrada ave, si hubiese dejado á los gaulas tranquilamente establecerse en Roma, á donde traían la vida desconocida de Baco, hubiera vivido y envejecido al pie de la roca Tarpeya, y no hubiera conspirado por hacerse rey antes del consulado de Sextio.

Para completar este artículo diremos aun unas palabras del gallo y la gallina considerados como accesorios de los paisajes y de los cuadros.

Los grandes pintores de la escuela flamenca han sacado siempre un gran partido de esta ave, y parece que una vista de una quinta, de una aldea, de una pradera, quedaria incompleta si el artista hubiese olvidado en el lienzo el gallo y las gallinas.

Recórrase una galería de pinturas: ¿qué se ve en ellas? Ventas en un camino, con un hombre á caballo que pide



Agnesia o el arroyo de las flores

de beber: molinos con una rueda cubierta de espuma, lagos con tranquilas aguas, rodeadas sus orillas de álamos, puentes sobre un arroyo delante de una quinta, una pradera, vastas cuadras y caballerizas, mitad al sol y mitad á la sombra, donde hay una yeguada: y como eternos accesorios de estas vistas siempre la gallina picando en tierra y el gallo siempre con la cabeza erguida.

MERY.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

AGNESIA.

O EL ARROYO DE LAS PRIMAVERAS.

El palacio y la cabaña yacen en un profundo sueño.... la luna está cubierta con espesas nubes: una sola luz brilla en una calle de la aldea: es la de Agnesia.

Agnesia llora.

¿Por qué, me direis, tiene luz para llorar?... ¿Qué se yo!... para ver correr gota á gota sus lágrimas... para no estar sola en la oscuridad. El dolor como la alegría tienen necesidad de claridad: no hay cuadros por tristes que sean que no los ilumine algun rayo de luz.

¿Por qué llora Agnesia la rubia, Agnesia la de los ojos negros, blanca como una paloma de rosado pico? ¿No está en la primavera de su vida en que todo es oro? ¿No tiene porvenir, ese gran libro abierto sin cesar delante de nosotros sin que podamos comprender nada en él?

¡Ay! Agnesia está indicando la falta de un buen mozo, cuya ventana está en frente de la suya, un labrador de los alrededores que de tiempo en tiempo hace largas ausencias.

—Muchacha, la dice su madre, una anciana criolla, haces mal en pensar en ese loco que te mira entre las ramas del bosque... es misterioso y discreto, y ni se sabe aun su nombre.

—Ya comienzas con tus historias, dijo Agnesia.

—Hija mia, replicó la tia Marta gravemente, Dios es grande, quisiera tener confianza y esperar en el porvenir alguna cosa feliz.

—Yo he soñado con él, dijo Agnesia.

—Locura.

—No, he soñado que estaba enfermo esta noche. Yo estaba encargada en tu lugar de cuidar de una joven abandonada de todos. ¡Pobre ángel!...

—¿Y qué viste, hija mia?

—Una tumba preparada, un negro ataud... le he abierto... y he metido dentro la mano.

—¿Y qué mas? preguntó la anciana.

—He encontrado allí...

—¿El qué?

—Una rosa. Una hermosa rosa de cien hojas, apenas abierta, y que despedía alrededor de mí una deliciosa fragancia. He querido saber cómo estaba hecha... ¡Es una tan particular cuando sueña! La deshojé. Entonces una voz dulce como la vibración de la cuerda de una lira, me ha dicho: ha concluido tu desgracia. Inmediatamente estendi mis brazos, pero mi mano se colocó sobre una cosa fria.... Era mi rosario de perlas.... acababa de desperdarme....

—¿Y de ahí pronosticas una buena noticia?

—Si, dijo la joven, me sucederá una cosa buena.

En aquel instante la tia Marta levantó la cabeza que desembarazó de su cofia, y se vió tomar á su rostro una espresion sublime y dolorosa á la vez.

Marta era criolla.

Su color, aunque bronceado, no excluía una admirable belleza que habia resistido á la edad y á los dolores. Hija de las colonias tenia su admirable tipo: era la hija de Oriente á los diez y nueve años: era la hechicera de las Antillas á los cincuenta.

En toda la aldea la llamaban la madre de los enfermos: habia constituido la caridad en un estado.

La daban por pasar la noche en alguna parte, café y agua; llevaba consigo su devocionario, y leía á la cabecera de la cama de los labradores enfermos.

No la conocian familia.

Marta habia llegado allí hacia veinte años convaleciente con una hija, y se habia instalado en el modesto alojamiento que ocupaba aun. Durante el cólera habia probado al lado de todos los enfermos un heroico valor; su valentía la habia valido algun dinero y mucha consideracion.

Mas tarde vino á unirse con ella una hermana; era la única persona que habia admitido en su intimidad.

Pocos instantes despues de la conversacion que referimos, Marta cogió su mantilla para salir.

—Madre, dijo entonces Agnesia, jamás podré dejar de pensar en ese hombre que tanto nos quiere.

—Hija mia, respondió la madre, ¿sabes tú el nombre de su familia?

La joven se puso encarnada como una granada.

—No se lo he preguntado, respondió.

—¿Gran Dios!

—¡Oh! no os incomodeis, madre. ¡Si supiéseis cuánto es nuestro amor! Ignoro si debeis reprenderme, pero lo que yo siento por Alberto es un sentimiento puro, casto, dulce como la amistad de los ángeles, y él es cuanto deseo, aun cuando jamás haya de verme unida á él, aun cuando jamás deba oír el sonido de su voz.

—¿Pero te ha escrito, desgraciada niña? ¿Dónde está su carta?

—Hela aquí, replicó la joven.

Y sacó de su pecho un papelito de color de rosa muy ajado; ¡tantas veces lo habia leído!

La madre leyó:

«Mi bella vecina:

«Jamás os hubiera escrito si no debiese marcharme, abandonaros... Mi padre se halla muy malo: los médicos le han recetado su aire natal. Dios sabe cuándo podré volver.

«¡Oh! Agnesia, sabeis cuánto interés me inspirais, interés de que no debeis ruborizaros. No: he visto muchas

señoras de indisputable hermosura, y á mi vista han brillado muchos lindos ojos azules ó negros, y os diré que no es un interés de esa especie el que me inspiráis... Me parece que bastaría á mi felicidad el veros siempre, el arrojar por las mañanas rosas á vuestra ventana, el veros sonreír y saber que sois dichosa.

«Sois hermosa, Agnesia, ¡pues bien! no es vuestra hermosura la que yo amo, y sin toda la aldea que os celebra y admira, yo no lo hubiera notado.

«¿Cuál es, pues, la causa de la emoción que experimento á vuestra vista? Los poetas de Oriente pretenden que encontramos una vez en nuestra vida, bajado á la tierra, bajo forma humana, el ángel al que Dios nos confía, el serafín encargado de nuestra guarda; ¿no seréis vos, Agnesia, hermosa mía, ese ángel enviado por Dios?

«Ya no os veré más á la orilla del claro arroyo que corre por la pradera, cuando volvíais á la aldea con vuestra cesta de provisiones debajo del brazo: ya no apretaré vuestra mano en la mía para escuchar vuestras confianzas, vuestras esperanzas de felicidad; en tanto que desde la puerta de la casita vecina, vuestra madre sigue nuestra conversacion con mirada benévola: amadme, porque padezco:

ALBERTO.»

Después de haber escuchado esta carta, Agnesia dejó caer su cabeza sobre sus manos y se puso á meditar.

Pintábase el dolor en sus facciones: ella, hija de un mundo desconocido, sin familia, destruirá innumerables obstáculos para un feliz porvenir.

—¡Señor! dijo, ¿por qué él que entre todas las gentes de esta aldea es el único que ha sido bueno para mí, que me ha enseñado á leer, que me ha contado los hermosos rasgos de la historia y la vida de los hombres célebres, sea el que se ausenta tan misteriosamente y me deja sin sus consejos? Es cierto que algun motivo secreto le mueve á obrar así. Tiene modales superiores á la posición que parece ocupar, y bajo su sombrero de montañés brillan ojos inteligentes. Su frente es altiva, su boca pequeña, su sonrisa orgullosa, su talle elegante. Es rico tal vez, y quiere ocultar su opulencia.

La tía Marta salió, y hablando así consigo misma Agnesia, se dirigió maquinalmente al lugar de las citas diarias, al arroyo de las primaveras. Sentémonos con ella sobre el oloroso césped que sirve de alfombra, donde la joven parejita tenia sus inocentes conciliábulos, y aunque no poseemos el pincel de Coral ó de Rousseau, tracemos el paisaje que lo rodea.

El arroyo era un manantial suave, blanco y puro que corría lánguidamente sobre un lecho de guijarros pulimentados por sus pacíficas olas. A su derecha se distinguía, al pie de una colina, la casita de la tía Marta, blanca, con su tejado encarnado. Al lado se extendía, como el manto de la primavera, un prado cuyas yerbas amarillas estaban esmaltadas de margaritas y amapolas. El arroyo hallábase adornado á su derecha por infinitas matas de primaveras, flores favoritas de la joven labradora, y que su amante había multiplicado á lo largo de la orilla con una especie de religión. Sobre este manantial murmurante se veía una nudosa encina que doblaba su gigantesca talla como para preservar con sus sombras á los jóvenes de los rayos del sol.

En este lugar la joven se puso á pensar en sus pasadas citas.

—Agnesia, decía Alberto, no me preguntes aun quien soy; mas tarde lo sabrás: hoy soy un pastor, un labrador de estas comarcas, un cazador de estas montañas; empero confíate á mí, dime tus pesares, quiero disiparlos y hacerte feliz.

—Tanta bondad, replicaba Agnesia, pero no conocéis el motivo, no me conocéis, ni á mí ni á mi madre, pobre enfermera, que no tiene fortuna alguna para pensar en casarme.

—Yo no quiero casarme, respondió Alberto.

—¿De veras?

—No.

—Pues qué ¿soy fea?

—Lo mas encantadora; pero deseo para tí una felicidad en la que no quiero reclamar una parte; soy tu amigo y no un pretendiente á tu mano.

—¿Con que no me queréis? teneis razon, soy pobre y sin nombre.

—Aun cuando poseyéseis, querida Agnesia, todos los tesoros del rey de Francia, os rehusaria. Esto no impide que sea tu amigo constante y sincero.

Tal habia sido el objeto de las conversaciones á la orilla del arroyo de las primaveras; aquellas flores embalsamadas, admitidas cual confidentes bajo la corpulenta y antigua encina. Cuando Alberto se marchó para reunirse con su padre enfermo, Agnesia cogió un ramo y se lo ofreció á su amigo.

—No soy mas que una pobre, dijo tartamudeando con las lágrimas en los ojos, no sé como daros gracias con elocuencia de vuestras lecciones, de vuestros consejos, de vuestras inocentes bondades; llevad con vos este ramo que he cogido, y que está formado de las flores que juntos plantamos: puede él recordaros durante vuestra ausencia que hay aqui quien os conservará un tierno recuerdo.

Y mientras que con brazo tembloroso alargaba las primaveras á Alberto, una de sus lágrimas cayó sobre una de sus delicadas hojas cual una gota de rocío.

Sin embargo, el joven no volvía. Pasaron las semanas, pasaron los meses. Adelantaba la estación del estío, las primaveras casi todas se habian secado, y las frescas ondas del gentil arroyo, murmuraban apenas sus cantares ordinarios.

—Es cosa concluida, dijo Agnesia, me ha olvidado.

—¿Qué esperabas tú, joven inconsiderada, le dijo su madre, de los extraños discursos de ese hombre, que tal vez ocultaba bajo la máscara de una inocente amistad, que nada justificaba, proyectos culpables ó clandestinos? Desconfía del que sea mas poderoso que tú, porque al tocarte te hará pedazos.

De pronto levantándose, continuó con exasperacion:

—Agnesia, la amistad del desconocido quema y mata, hija mia.

—¿Cómo!

—Escucha, hija, replicó solemnemente la anciana, ¿has notado tú alguna vez una señal en la frente de tu madre?

—Si, respondió la joven, una ancha cicatriz sobre el ojo.

—Sin duda. ¿Has preguntado á mi hermana de dónde procedia?

—Si, buena madre: me ha dicho que era de una caída que diste cuando eras niña.

—Te ha engañado. Préstame atención, Agnesia, tienes diez y siete años, ya eres una joven formada, y puedes saberlo todo.

Hace veinte años me hallaba en mi patria, bajo un cielo de fuego, libre, viviendo en mi independencia, en medio de los tesoros de la mas rica naturaleza, en un lugar donde los frutos están embalsamados y las flores sembradas por millones sobre la superficie de la tierra. Un día, infames espoliadores especulando sobre repugnantes mercancías, se mezclaron con mis hermanos, mataron á los valientes y cargaron de cadenas á las mugeres y á los débiles: tu madre fué de este número.

Nos llevaron á un ingenio, á una plantacion, y nos vendieron á un blanco. Este blanco fué seducido por mi piedad y mi dolor: no omitió nada para conseguir le fuese adjudicada... Lo logró.

Fui su muger.

¡Ay! pobre hija de la naturaleza, no conocia las leyes europeas: no sabia que la union debe ser significada por un contrato. Tenia un amo hermoso, joven, bueno: cogió un día mis manos, y arrodillóse delante de un sacerdote que salia en aquel instante de la capilla de la plantacion, y yo me así pura y blanca como los vestidos de lana de los recién nacidos de nuestras montañas.

Mi esposo me amó con pasión: mi cuello se hallaba sin cesar adornado con las perlas mas ricas y coral tallado: las plumas mas hermosas se entrelazaban con trenzas de oro con mis cabellos: no tenia otra ocupacion ni trabajo que agradarle.

Nació una niña de esta union: fuiste tú.

—¡Yo! exclamó Agnesia.

—Si. Tu venida á este mundo fué saludada por unánimes aclamaciones de alegría: todos los esclavos amaban á tu madre. ¡Era tan buena, los defendia tanto contra el azote del mayoral!

Un día se disiparon las riquezas del amo por la voluntad de Dios: las tempestades, el rayo, las enfermedades y las guerras le arruinaron.

Pensó entonces casarse con una europea.

¡No se consideraba casado el cobarde, el vil! porque tu madre era una joven de color, sencilla y santa, creíase con derecho de deshacerse de ella como de un juguete. Marchó, y trajo de Europa algun tiempo despues una señora de su país, blanca, pálida y altiva.

Si tu madre hubiese sido una muger interesada, un alma vil y mezquina, este matrimonio hubiera sido para ella una felicidad, porque un mayoral de los ingenios la trajo de la boda dos mil monedas de oro, y la dijo:

—Marta, tú eres libre, márchate; el amo te asegura con esta cantidad á tí y á tu hija una feliz subsistencia: que mañana el sol no os vea aquí.

Cogí la bolsa y la guardé con triste silencio.

Unicamente cuando los esposos al día siguiente entraron en su casa, encontraron sobre el dintel de la puerta una muger de pie con los cabellos tendidos y que gritaba:

—Hija de Europa, no entres en mi casa, porque yo soy delante de Dios la esposa de ese hombre.

Y arrojaba á los pies del amo la bolsa que le habia enviado la vispera.

Hubo un horrible conflicto por la noche sin mas testigos que los negros de la habitacion que estaban encadenados: oyéronse gritos.... lamentos.... despues nada.... todo habia quedado en silencio.

A la mañana siguiente, las mugeres esclavas encontraron á tu madre tendida, pálida y ensangrentada á la puerta de aquella casa, donde tanto tiempo habia reinado como soberana... desolada, medio muerta, habia chocado su cabeza contra una pared, y se habia abierto la frente.

Respiraba aun.

Tu tia, esclava como yo, ayudó á trasportarla á una canoa. Volví á la vida, y gracias á sus cuidados, pasé á Francia.

En cuanto al amo le dijeron que Marta habia sido hallada muerta, y que su hija se habia marchado.

Dió á tu tia la libertad.

Su rostro le recordaba las facciones que tanto habia amado... mas á quien habia arrojado de su casa.... tenia remordimientos.

Cuando mi hermana abandonó su casa, habia perdido á su muger. La europea habia sucumbido al dar á luz un hijo.

El ingrato se hallaba mas triste que nunca.

Aquí la criolla añadió:

—Dime ahora si la hija de Marta la esclava, desde niña abandonada, puede pensar en casarse.

Agnesia ocultó su frente en el seno de la buena criolla, y lloró amargamente.

Una noche la aldea se alarmó por la llegada de una silla de posta herméticamente cerrada, que ocultaba el viajero á la vista de todos.

Preguntado el postillon, no respondió á ninguna pregunta: era extranjero. Detúvose delante de la única posada en la que un criado que habia llegado dos dias anticipadamente, habia hecho preparar una habitacion. Habia anunciado á la posadera que se trataba de recibir á un enfermo, á quien habian mandado las aguas de aquella comarca, y que pagaria generosamente una buena y discreta hospitalidad.

A pesar del cuidado y sigilo de los dueños de la posada por ocultar á sus vecinos la vista de sus huéspedes, se vió bajar de la silla de posta á un anciano sostenido por un joven vestido como los caballeros de la ciudad con grande esmero: el anciano parecia enfermo, porque fué preciso levantarle en brazos de dos hombres, para hacerle subir la escalera que conducia al cuarto que le habian destinado.

Aquella noche, cuando dieron las once... la noche estaba muy oscura...

Llamaron de pronto en casa de la tia Marta.

—¿Quién viene á estas horas?

—Un hombre que se muere necesita una enfermera.

—Voy, dijo la criolla. Creia dormir esta noche en mi cama, pero es preciso obedecer.

Marchó.

Agnesia abrió la ventana y sintió con sorpresa que entraba en casa del extranjero enfermo, cuya llegada se habia anunciado.

—He aquí la persona que es preciso cuidar, dijo el criado introduciendo á Marta en la habitacion.

Hallábase allí un hombre acostado en la cama... la palidez de la muerte habia emblanquecido su frente, y luchaba con la agonía.

—Basta, replicó Marta, no dormire. ¿No hay que darle nada?

—Nada, dijo un médico que le acompañaba, porque no tenemos esperanza.

Un joven lloraba algo separado, ¿era Alberto?

Marta fijó los ojos sobre el moribundo.

—¡Justo Dios, dijo, es él!

El moribundo alargó la cabeza hacia ella.

—¡Oh, no me maldigais! ¡Gran Dios! ¿Es un sueño acaso? ¡Ella vive! ¡Marta! ¡No me han engañado!

Arrojóse Marta á los pies de la cama. Alberto estaba hecho un mar de lágrimas.

—¡Ohamo, dijo ella, vuelve en tí! tú me has abandonado, me has rechazado cual se rechaza al esclavo indócil, empero yo te perdono..... te amo: vuelve y te llevaré en mis brazos y nuestro sol de fuego te dará la vida, y te servirá de bautismo.

Oyéndola el moribundo, se incorporó sobre la cama con un esfuerzo supremo.

—Marta, dijo, lo conozco, Dios me llama á sí... pero muero mas tranquilo puesto que vives y me perdonas. Mi hijo, guiado por mis remordimientos, encargado de preparar mi reconciliación con Dios, había averiguado vuestra morada y sabido que nuestra hija era un ángel y que el misterio la hacía amar su encantador porvenir... me ha arrastrado hasta aquí.

Haciendo un esfuerzo añadió:

—¡Oh! nuestra hija Agnesia no me amará.

—¿No sois su padre? exclamó Marta.

—Os ama, dijo Alberto, y os bendice.

—¡Oh, que venga!.. ¡quiero ver á mi hija! ¡Oh, hija mía, socórreme!

El enfermo dejó caer la cabeza sobre su almohada.

Bien pronto sintió que una joven se inclinaba sobre su cama y estrechaba sus yertas manos... la dulce y pura virgen que conocía al autor de sus días en aquel momento para no volverle á ver mas, dejó caer una lágrima en su frente.

Aquella lágrima de amante y preciosa piedad filial debió recogerla un ángel: y cuando el anciano compareció delante del trono de Dios, aquella lágrima, tesoro inefable de amor y de bondad, rescató para siempre las faltas de aquel que iba á juzgar el Señor.

El anciano perdió bien pronto la vista: las sombras de la muerte le rodearon: solamente se le oía respirar.

—¡Marta! ¡Perdon, Marta! ¡Agnesia, hija mía!

Su helada mano tenía una cosa que apretaba entre sus dedos: era una reliquia, un precioso recuerdo, un talisman del corazón...

Era el ramo de primaveras del arroyo que le había traído su hijo... Dios recibió en su seno paternal á su arrepentido hijo.

Marta desolada, no quiso que nadie se encargase de las demás funciones que profesaba; fué el último muerto que amortajó.

Algunos días después de este triste acontecimiento el excelente Alberto se presentó en su casa.

—Señora, dijo, ved aquí una cláusula testamentaria: inscrita con toda voluntad, cláusula que hace á vuestra hija partícipe conmigo de la fortuna del que lloramos.

—Caballero, dijo Agnesia, ¿soy yo la que os despoja de ella?

—Pero yo soy muy feliz, dijo Alberto, abrazando las lindas manos de su amiga. ¿No recordáis las simpatías, el impulso de nuestros dos pobres corazones, nuestra unión tan grande en nobleza y en su pureza, nuestras confianzas á la orilla del límpido arroyuelo, nuestras lecciones sobre la historia, las primaveras compañeras de la encina, bajo la cual nos abrigábamos?

—Vuestra afección no me admira, respondió Agnesia, besando en la frente al joven.

—¿Por qué?

—¿Qué malo sois! ¿No soy vuestra hermana?

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

HOMBRE POBRE TODO ES TRAZAS.

(Conclusion.)

II.

EL DRAMA EN EL CUARTO PRINCIPAL.

Al cabo de un mes tenía lugar otro drama en el cuarto principal de la casa de la calle de Atocha, núm. 4.

En un pequeño salón hallábase Concha lánguidamente echada sobre una butaca: su abuelo á un lado, su abuela á otro, y Enrique yendo y viniendo alrededor de ellos. Sin que pudiese adivinarse la causa, Concha había perdido de pronto la alegría, el sueño y las ganas de comer. Habíanse llamado algunos médicos y no hallando alarmante el caso

se habían contentado con recetarle paseos y distracciones. La señora de Vargas era de su opinión; pero Vargas les mostraba su incomodidad, los trataba de ignorantes y de brutos diciendo que sin el sueño y el apetito lentamente caminaba al sepulcro.

Sin embargo, esta cólera no producía nada: el mal de Conchita se agravaba, y no sabían ya á que santo encomendarse, cuando Enrique les habló de una maravillosa cura que los jóvenes del sotabanco habían hecho al hijo de la portera.

El señor y la señora de Vargas no prestaron gran importancia á esta indicación; pero Conchita se estremeció, miró ansiosamente á su hermano, como para obligarle á que insistiese: y Enrique insistió, no porque tuviese malicia en ello, sino porque en efecto tenía fé en aquellos jóvenes talentos.

Desde la primera entrevista en que Federico había podido apreciar la generosidad y delicadeza de Enrique ha-

bíanse visto frecuentemente los jóvenes, y Conchita medianamente curiosa á lo que parece, no dejaba en paz á su hermano hasta haberle apurado á preguntas sobre los tres jóvenes, y particularmente sobre Federico.

El acaloramiento de aquella cabecita, un poco romántica, era la única causa de la enfermedad de que se hallaba afligida.

Habiendo apoyado Conchita la mocion de su hermano hicieron subir arriba á Enrique: despues á pretesto que hacia mucho calor, la jóven se quitó su papalina y se arregló el pelo.

Poco despues bajó Enrique acompañado de Eusebio, el único que habia encontrado en el cuarto.

El corazon de Conchita que habia formado mil ilusiones se tranquilizó de pronto, y dejó caer su cabeza en el fondo de la butaca.

Despues de haber renovado el conocimiento y haber recordado el cambio de los sombreros el dia que pagó los alquileres y de haberse reido mucho de ello, tomó Eusebio el pulso á Conchita y lo examinó atentamente.

—¿Desde cuando está esta señorita así? preguntó.

—Hace tres ó cuatro semanas, replicó el abuelo.

—Desde que me habeis admitido en vuestro cuarto, amigo, añadió mas bajo Enrique, que sospechaba vagamente la causa de la indisposicion de su hermana.

—¡Ah! ¡ah! dijo Eusebio que adivinó su pensamiento.

Púsose éste á reflexionar en una cosa muy vista, á saber que la ociosidad, algunas ideas románticas, un jóven poetizado por una apariencia de miseria decente, era cuanto se necesitaba para trastornar una cabeza de diez y seis años: pero no queriendo hacer una tontería trató de asegurarse del caso.

—Esta señorita está atacada de una afeccion bastante comun en el dia, dijo con tono doctoral, tal vez pase dentro de poco tiempo, pero tambien podria suceder que tomase proporciones alarmantes: yo quisiera que mi sabio amigo el doctor Federico Llanos me ayudase con sus luces.

Al decir esto sintió mayor movimiento en el pulso de la jóven y conoció que Federico ocupaba su imaginacion.

—No hay inconveniente, replicó el señor de Vargas, llamemos á vuestro amigo.

—Si ha vuelto á casa os lo voy á traer, dijo Eusebio soltando la mano de la jóven.

—Abuelita, mirad como Concha tan pronto se pone pálida como colorada, dijo Enrique, cuando se hubo marchado Eusebio.

—¿Estás peor, hija mia? preguntó la abuela.

—No, respondió Conchita, poniéndose aun mas colorada, y volviendo la espalda á su hermano. Este Enrique tiene gusto en atormentarme.

Apenas habia tenido lugar esta corta escena cuando volvió á presentarse Eusebio acompañado de Federico, que venia mas conmovido que lo que es costumbre estar al ir á ver un enfermo. Mas de una vez al través de una cortina de tul bordado, se habian encontrado sus ojos con los de la jóven. Aproximóse á ella, la preguntó, la pulsó como lo habia hecho Eusebio, y este examen lleno de interés para los dos sin duda, se prolongó y vino á parar bien pronto en una conversacion alegre y animada.

—Y bien, dijo Eusebio á los abuelos, un poco alejados del grupo, vean vds. como sonrie, como habla y se anima,

¿habia yo exagerado, señor de Vargas, la habilidad de mi amigo?

—Es maravilloso... ya que está en tan buena disposicion, ¿si pudiese hacerla comer algo!

—Desde luego, que la presenten cualquiera cosita, y estoy seguro que se la hará comer al instante.

—Desearia verlo, dijo Vargas, marchándose él mismo á la cocina.

—Señor Eusebio, dijo aparte la buena mamá al jóven, noto una cosa, y es, que mi nieta tiene inclinacion á vuestro amigo, pero una inclinacion muy viva.

Eusebio no pestañeó.

—Yo lo he conocido, añadió la buena señora anciana, cuando al oir nombrar al señor Federico ha cambiado de color, y se ha estremecido: desde que está á su lado tengo evidencia.

Eusebio hizo una inclinacion de cabeza.

—Pero, caballero, yo creo deber decir á vd. lo mas pronto posible, que nada bueno puede resultar de esto. Mi nieta no tiene mas que á nosotros: su abuelo se cree dueño absoluto de su destino y no consultará á su corazon para establecerla. Su sueño dorado, y me lo ha dicho muchas veces, es casarla con un comerciante y ver aumentar la fortuna que lleve en dote. Si las cosas no dependiesen mas que de mí, tal vez seria otra cosa: pero querido, yo no tengo voz deliberativa en el consejo, añadió la buena señora con un suspiro de resignacion, si no de pesar.

Conmovido Eusebio por este acento melancólico y dulce olvidaba los amantes, y se abandonaba á todo género de reflexiones filosóficas, sobre los matrimonios mas ó menos bien proporcionados, cuando una fresca carcajada le recordó la situacion presente.

—¿De qué se trata? preguntó la abuela acercándose á la nietecita.

—Figúrate tú, mamá, replicó Concha, que don Federico, que yo no sé cómo ha logrado disipar mi abatimiento, tiene la pretension de que me levante, y que apoyada en su brazo ande un poquito. ¿No es verdad que es imposible, y que esta mañana cuando quise probarlo me puse mala?

—Esta mañana te has puesto mala, pero ahora tal vez...

—¡Tú tambien!

—Pruebe vd. de nuevo, señorita, dijo Eusebio, su mamá la sostendrá por un lado, y mi amigo por otro: en sintiéndose vd. débil se vuelve á la butaca.

Y la jóven sostenida por Federico y su madre dió algunos pasos por el salon.

—¡De pie! exclamó Vargas, al entrar y dejó caer de las manos un platito de fresa que traia.

—¡Qué lástima! hermosas fresas, dijo Concha, con un suspiro de pesar.

—Vea vd. aquí estas que apenas han tocado mas que la punta del vestido de vd., dijo Federico recogiendo unas cuantas y ofreciéndoselas á la jóven.

Llevóselas ésta inmediatamente á los labios diciendo: ¡están esquisitas!

—¡Bravo! repuso Vargas, tú comes, túandas, tú hablas... ¡estás ya buena!... jóven, dijo dirigiéndose á Federico, le prometó á vd. las persianas á costá mia: solamente que me hará vd. el favor de no decir nada á los otros inquilinos.

Federico le hizo un saludo y se sonrió.

—¿Qué persianas? preguntó la curiosa Concha.

—Las que se deben poner en el cuarto segundo de esta casa, respondió Eusebio, cuarto destinado al doctor.

—Lo ignoraba: no me habeis dicho nada de esto, abuelito.... dijo la joven, brillándole los ojos de alegría y con la sonrisa en los labios. ¿Sabe vd., señor don Federico, que cuatro de las ventanas de ese cuarto, dan sobre nuestro jardín? pero venga vd., venga vd., voy á enseñárselas.

—¿Quiéres bajar? preguntó la abuela asombrada.

—Sí, con mis dos apoyos tutelares, añadió ella.

Y en efecto, sostenida por Federico y su buena abuela y seguida de Enrique, Conchita que hacía quince días pretendía no poderse mover de la butaca, se dirigió hacia el jardín con no pequeño asombro de su abuelo.

—A fé de Carlos Vargas, estoy aturdido, dijo el abuelo, dejándose caer en un sillón é invitando á sentarse á Eusebio con un gesto.

—¡Oh! Federico irá lejos!...

—Ya lo creo, hacer en un cuarto de hora andar y comer á mi hija.

—Y hablar! señor de Vargas!

—Y hablar... aunque no me parece lo mas extraordinario á primera vista. Antes de diez años don Federico será un hombre muy conocido de todo el mundo. Por mi parte yo no dejaré de pregonar lo que acabo de ver, y no seré hombre sin influencia en el círculo de mis conocimientos, sobre todo, en el comercio de lanas...

—¿Trabaja vd. en los negocios de lanas? dijo Eusebio cuya imaginación trabajaba por proporcionar á Federico aquella rica alianza.

—Sí, señor, al comercio de lanas debo cuanto tengo, y en este comercio he de escoger mi yerno.

Esta especie de guante que sin saberlo le arrojaba Vargas, avivó la imaginación del joven.

—¡Hola! ¿con qué es en el comercio donde elegirás un yerno, pensó éste entre sí, y sin cuidarte de la felicidad de tu nieta? lo veremos... Después añadió en voz alta: hará vd. muy bien, hará vd. muy bien, el comercio es el nervio de la prosperidad de las naciones: ¡es el manantial del oro! Vargas se restregaba las manos.

—Es verdad que el comercio tiene sus perances: se necesita para él un tacto que no todo el mundo tiene, donde unos se enriquecen otros se pierden: un yerno puede verse metido en un mal negocio de donde vd. le sacaría por el honor de su nieta, pero á su costa y riesgo... eso debe considerarse mucho, caballero.

—¿Pensaría vd. que haría mejor en no casarla?

—Perdone vd., no quiero decir eso, sino que la casase vd. con otro que no fuese comerciante.

—Si el comerciante ofrece ligeros temores, ¿qué otro podrá ofrecer tan numerosas ventajas?

—No sé, esa cuestión era necesario profundizarla.

Pusiéronse los dos interlocutores á pasar en revista todas las clases de la sociedad: denigrando el uno abiertamente todo lo que no pertenecía al comercio, haciendo resaltar el otro con destreza todos los inconvenientes de cada estado y guardándose mucho de tocar á la medicina.

Eusebio tenía talento, facilidad en hablar y ardiente deseo de servir á Federico, que había recibido el grado de doctor hacía quince días y que en realidad era un mozo de mucho provecho y de gran porvenir. Sabía además á don-

de iba á parar, de modo que al cabo de tres cuartos de hora había casi probado á Vargas que Federico era el único marido que convenía á su hija y que la vida de ésta dependía nada menos que de este matrimonio: lo que deploraba, porque decía que para un joven que empezaba con tanta gloria su carrera, era una gran traba el matrimonio.

—Pero sin embargo, dijo el abuelo batido en brecha en todos puntos, mi nieta me parece que vé hoy por primera vez á su amigo de vd...

—Por la segunda.

—¡Diablo!...

—Así, señor mio, por interés de vd. y de mi amigo puesto que tan decidida inclinación tiene vd. por el comercio, debe vd. seguir el consejo que voy á darle en cuanto suban del jardín. Váyase vd. á los baños de mar. La ausencia debilita y borra todas las impresiones. Conchita podrá muy bien tener una enfermedad de languidez, pero no todas las jóvenes mueren de ella.

—¿Cómo es eso? ¿mueren algunas de languidez? preguntó alarmado el abuelo.

—Sí, señor, en las que degenera en enfermedad del pecho.

—¿Y en qué síntomas, dijo Vargas, se conoce la propensión de ese mal? porque ha de saber vd. que tengo la debilidad de querer muchísimo á mi nieta.

—¡Bueno! se dijo para sí Eusebio; caballero, continuó después en voz alta, sería preciso saber en qué consiste el mal, sería preciso sondear el corazón de vuestra nieta.

—¡Diablo!

—Cuando yo aconseje los baños de mar, observe vd. bien la impresión que se muestra en su rostro, no acostumbrado á disimular.

—Abuelito, dijo Conchita que subía acompañada de sus dos apoyos, ¡qué paseo tan delicioso! ¡qué hermoso tiempo! ¡estaban lindísimos los árboles!

—Veo con placer, señorita, dijo Eusebio dirigiéndose hacia ella, que ha habido un cambio muy notable en la salud de vd. desde hace pocas horas.

—Ya lo creo, respondió la joven con las mejillas coloradas, parece un sueño.

—Vamos, podeis hacer los cofres....

—¡Los cofres!

—Observad, le dijo por lo bajo Eusebio al abuelo. Si, continuó dirigiéndose á Conchita, los baños de mar le devolverán á vd. en quince días sus hermosos colores y su antigua salud: esta noche en el correo el señor de Vargas la va á llevar á vd. á San Sebastian; es la playa mas deliciosa y pintoresca que se puede elegir.

Empero Conchita no le escuchaba: tendida casi sobre los almohadones de su butaca corrían gruesas lágrimas silenciosamente por sus mejillas.

—¡Se desmaya! dijo Vargas á Eusebio.

—No, es mas grave, llora.

—¿Y que pronostica vd?...

—Que algun demonio anda en el enredo, replicó el joven con un despique perfectamente representado, y que esto me parece muy serio.

—¿Qué hacer? preguntó Vargas.

—Romper por todo y llevársela á San Sebastian quiera ó no quiera.

—Pero caballero, ¿y si esto degenerase en mal del pecho?...

—Entonces casarlos: ¿qué quiere vd. que yo le diga?

—No se puede dejar morir así á esta niña, pensó entre sí el abuelo, y despues de todo, un médico de talento mañana, será célebre y rico al día siguiente, es un partido muy conveniente. Luego no suena mal el decir ¡mi yerno el médico! y despues con un médico no se arriesgan fondos, y esto es algo... ¡No discurre mal este jóven! Esto se dirigia á Eusebio.

—Señorita Concepcion de Vargas, dijo el abuelo con un

—No hay pero que valga, muger, déjame hablar: yo sé lo que me digo... y como es preciso ser padre, hermano ó marido, para acompañar á una señorita á los baños, añadió, pregúntele vd. al señor don Federico cuál de estos títulos podrá convenirle.

—¿Qué dice vd., caballero? exclamó el jóven que no se hubiera atrevido á soñar tal ventura.

—Me habré equivocado, caballero, ¿y no querria vd. á mi nieta por muger?



Las trazas de Eusebio. Se le cayeron la peluca y su barba...

cierto énfasis, y obrando bajo el impulso de una repentina resolucion, levante vd. su hermosa frente, enjague vd. las lágrimas. Tiene vd. miedo de fastidiarse en los baños de mar á lo que parece: pregunte vd. al señor don Federico Llanos si tendrá la bondad de acompañar á vd. á ellos.

—Pero... dijo la señora de Vargas.

SEGUNDA SERIE.—1856

—¡Por muger!

Tal fué la exclamacion que salió con una indecible expresion de felicidad de la boca de los dos interesados.

—Por muger, repitió el abuelo con una dote de....

—Ni una palabra mas, caballero, no hable vd. de dote, interrumpió Federico aturdido con esta increíble ventura.

AÑO XIV. 9.

—¡Oh lógica! pensó Eusebio admirando con complacencia la felicidad de Federico y de Conchita. Pero no es esto todo, á novia tan linda hace falta un buen regalo, y yo no sé hacer las cosas á medias.

Entanto que la joven pareja besaba con todas sus fuerzas las manos de los abuelos, Eusebio calculaba en su cabeza la cantidad que podría costarle un buen regalo de boda.

III.

EL DESENLACE EN LOS TITERES.

Quince días hacía que habían pasado los sucesos que hemos referido, y cuanto mas veían á su yerno el señor y la señora de Vargas, mas contentos estaban de una determinación, estraña en su rapidez, pero perfectamente justificada por el excelente corazón, talento y amable carácter de Federico, carácter menos alegre que antes, lo que podía explicarse por el mismo exceso de su felicidad.

Hallábase arreglado el cuarto del piso segundo: listo el ajuar de la novia; Conchita floreciente de salud y alegría. Enrique contentísimo, la señora de Vargas alegre de ver contentos á todos, y el señor de Vargas comenzaba á aficionarse mucho á hablar de medicina y se hacía explicar por Eusebio un curso de fisiología y de anatomía comparada. Alberto se hallaba radiante de satisfacción por su drama, había sido admitido en el comité é iba á representarse en el teatro del Príncipe. Federico, cuando se veía lleno de tanta felicidad, sentía su corazón inundado de alegría, de ternura y de reconocimiento: era raro solamente el que una vaga inquietud venía á mezclarse á sus mas alegres impresiones.

En este estado se hallaban las cosas, cuando tuvo el capricho Conchita de ir á la feria de Alcalá, en donde el señor de Vargas tenía una hacienda á las orillas del Henares.

Había ido á la feria de Alcalá para dar durante ella algunas representaciones, una de esas compañías de títeres que dan sus funciones en Madrid en el circo de Paul cuando está desocupado por no haber una buena compañía francesa. Aprovechando las festividades y ferias de los pueblos inmediatos, hacen allá sus escursiones, y armando con cuatro palos, unas cuantas tablas y unos viejos tapices un pequeño teatro, dan en él sus representaciones, recogiendo una buena cosecha de reales con que les contribuyen gustosos los habitantes de esos pueblos privados todo el año de diversiones y para quienes aquel espectáculo es un verdadero acontecimiento.

Conchita y Federico y toda la familia, quisieron ir á ver la función, para gozar no tanto de ella, que suponían no sería gran cosa, cuanto de la alegría y animación de la concurrencia.

Caminaba Conchita apoyada en el brazo de su futuro, y en un instante en que se halló un poco separada de su abuela, se paró, miró al joven á la cara, y con un gesto encantador de medio enfado, le dijo:

—Tengo que reñir con vd.

—¿Porque la quiero á vd. mucho? dijo el joven.

—No, respondió Concha contenta y ruborizada, sino de los gastos que hace vd. sin venir á cuento. Antes de salir de Madrid, he recibido el regalo que vd. me ha mandado: ¡bonitos vestidos, bonitos pañuelos, una pulsera riquísima

de esmeraldas! Eso es muy mal hecho; me trata vd. como á una muger que no se quiere, y á quien quiere indemnizarse del amor á fuerza de regalos. Además, ¿no sé yo que vd. no es rico?

—Pero la quiero á vd. muchísimo, está vd. lindísima.

—Un requiebro no es una respuesta.

—¿Qué quiere vd. que yo la responda? dijo el joven cuyo rostro se puso alterado y sombrío. Desde los sucesos felicísimos que han pasado, no estoy seguro de estar en mi juicio. Me dejo llevar de la felicidad que me trasporta, pero sin poderlo comprender. ¿Cómo su abuelo de vd., hombre excelente, pero positivo, viene á darme él mismo á mí, un pobre doctor, que aun no he podido formarme el primer escalon de mi fortuna, un tesoro hácia el que ni aun osaba levantar los ojos! y no solamente nos casa, sino que añade á un hecho ya increíble, una magnífica dote, un cuartero lujosamente puesto, y muchísima consideración y amor! ¿No es esto para confundirme? Así, se lo repito á vd., no sé donde estoy, pierdo la noción exacta de las cosas: miro marchar los acontecimientos, temiendo decir una palabra; hacer un gesto que destruya mi delicioso sueño! Cuando Eusebio me trajo ayer el regalo de boda que he hecho á vd. con las facturas pagadas, me apresuré á bájarsele á vd. inmediatamente, temiendo alguna innoble metamorfosis como en los cuentos de brujas.

—¿Con que eso ha sucedido?

—Sí, señora, y no me maravillaría de que á nuestra vuelta á Madrid, vestidos, pañuelos, pulsera, todo hubiese desaparecido.

—Me va vd. dando miedo con Eusebio, dijo Conchita; la primera vez que le vea voy á mirarle bien á ver si es brujo.

—No me maravillaría que lo fuese, contestó muy serio Federico, escuche vd.: salir bien de todo en cuanto pone mano, no es muy natural. Se mezcla en los negocios de Alberto, y el drama de Alberto es aprobado y recibido en el teatro. Estamos faltos de dinero, vuelve con oro. Habla con el señor de Vargas, y el señor de Vargas me acepta por su yerno. ¿Es verdad que esto no es natural?

—¿Dónde está hoy don Eusebio? preguntó Concha.

—En el Escorial, segun me ha dicho, á donde iba por tres días: pero ahora todo me parece misterioso en él, y lo mismo podrá estar en el Escorial que en Sevilla.

—Está vd. muy preocupado, Federico, le dijo la joven con dulzura.

—¿Así es la verdad! por eso no creeré en la realidad de mi felicidad, sino cuando sea vd. mi muger, y aun entonces....

—Conchita, dijo Alberto llegándose á reunirse con ellos, á vd. que le gustan tanto los charlatanes y sus relaciones, vea vd. allá abajo uno de los mas curiosos y alegres que he visto en mi vida. Hay mucha gente alrededor suyo; está vestido de una manera tan grotesca como original, y parece tener azogue en las venas: apostrofa á los unos, responde á los otros atiende á todo el mundo y habla bien, y en un castellano no muy comun en esa clase de gentes.

No se necesitaba tanto para decidir á Conchita. Dirigieron á la especie de tablado, en donde antes de empezar una función de juegos de manos estaba el mágico respondiendo á las consultas de los que iban á preguntarle sobre su porvenir. Tenia en la mano una especie de trompeta larga con la que hablaba al oído de los que le pre-

guntaban, para que no oyéndolo los demás, solo se enterase de sus predicciones el que le consultaba.

—Señores y señoras, decía con grande énfasis, ¿quién por un real no quiere saber su suerte y que les lea el porvenir este mágico único que ha venido de Egipto y que ha estudiado en los libros de Salomón y de las sibilas, que ha penetrado en las pirámides de Menfis, y ha recorrido las ruinas de Palmira? Las consultas se dan por nada, no se paga mas que el alquiler del tubo mágico por donde se transmiten los oráculos. ¿Quién toma el tubo, quién?

A la voz de Conchita, que quiso coger el tubo al mismo tiempo que otros de los espectadores, aquel hombre vestido de mágico echó rápidamente la mano á su gran peluca, y deslizó una extraña sonrisa por entre la espesa barba que le ocultaba toda la parte baja del rostro.

Impacientábase Conchita de no ser inmediatamente atendida, y Federico daba prisa al charlatan para que la complaciese.

—Un momento, le respondió éste, un momento, doctor; conmigo no hay privilegios, cada uno por turno.

—¡Doctor! repitió asombrado Federico.

—Ha dicho doctor, como hubiera podido haber dicho príncipe, le dijo Concha.

—No, no, señorita doña Concepcion de Vargas, replicó el mágico, yo no hablo sino con conocimiento de causa.

—¡Sabe mi nombre! exclamó la jóven.

—Y otras muchas cosas mas aun, replicó el charlatan aproximándose á Conchita, cuando la multitud no era tan compacta alrededor de ellos. ¡Oh privilegiada doncella! dijo con énfasis; se agita en mí el espíritu revelador, y me muestra y deja ver todos vuestros días tejidos de oro y seda al lado de vuestros parientes, que vivirán cien años para gozar de su obra y de vuestra ventura. Señor don Carlos Vargas, añadió despues de una pausa, como divirtiéndose él mismo; señor don Carlos Vargas, propietario de la casa situada en la calle de Atocha, núm. 4; y vos, amable Enrique, ¿por qué me mirais con ese aire asombrado? ¿por qué se pinta el terror en vuestras lindas facciones, señorita Concha? doctor, ¿por que os abismais en un océano de confusiones? y vos, poeta, dijo dirigiéndose á Alberto, ¿por qué vuestra mirada trata de penetrar hasta en mi alma? ¿No tiene bastante el señor don Federico con la preocupacion de su felicidad, y vos con la de los laureles que os aguardan, sin que os agiten otros pensamientos? ¡Hombres de poca fé! ¿qué tratais de comprender? responded. Interrogadme, aprovechaos de este momento en que me domina el espíritu de Salomón.

—¿Se cree vd. brujo? preguntó de pronto Federico cogiendo del brazo al charlatan.

—¡Cáspita y qué puño tiene! dijo éste para sí. Si, doctor respondió.

—¿Y porque es vd. brujo sabe los nombres de todos nosotros y nuestros mas secretos pensamientos?

—¿Pues cómo había de ser si no?

—Entonces, pues que es vd. brujo, dígame cuál es mi mas viva preocupacion en este momento.

—Penetrar el alma de vuestro amigo Eusebio, y saber si es hombre ó demonio.

—Esto es ya demasiado, dijo el pobre jóven, que iba ya perdiendo la cabeza. ¿Quién es vd.? Ya no estamos en los tiempos de los cuentos y de las fantasmagorías. ¿Quién

es vd.? hace algunos días que giro en un círculo de cosas extrañas, incomprensibles, que trastornan mi cabeza y que concluirán por volverme loco. Al presente me encuentro con vd., de quien hace una hora ni aun sabía que existiese, con vd. que tiene un conocimiento exacto de lo que nos concierne; ¿y no había yo de saber quién es vd.? ¿Y dejaría yo pasar, como los demás, este hecho sin tratar de profundizarlo? no señor. ¿Quién es vd.?

—Un mágico único y sin igual venido de Egipto, respondió el hombre de la barba con su tono empírico; señores y señoras, venid por un real, nada mas que por un real, yo trabajo solo por la gloria!...

—Yo no me chanco, señor mio, dijo Federico con mal reprimida cólera.

—¿Quién se chanco aqui, poderoso caballero? replicó el otro. ¿Quién? ¿aquel, éste? ¿pero quién se chanco? ¿quién?

—¡Deje vd. ese tono y no me apure la paciencia!

—Cálmate, le dijo Alberto á su amigo; volvámonos á casa, tú estás malo.

—Volvámonos, Federico, dijo Concha con acento de ruego.

—Es preciso que yo sepa quién es este hombre, gritó éste. Yo no quiero vivir con la idea de que hay un ojo clavado sin cesar sobre mí, sobre todos nosotros, sin que podamos sustraernos á su fatal mirada. No se puede vivir así, mas que bajo la mirada de Dios. En cuanto al hombre que sin mi consentimiento penetra en mi vida, lo arrojo de ella ó lo mato.

En el entretanto el charlatan iba recogiendo sus trastos, comenzando á temer que había llevado las cosas demasiado lejos; pero Federico le detuvo.

—¡Alto ahí! Vd. no se moverá de aqui sin que se haya explicado, ó le llevo á vd. inmediatamente ante el alcalde constitucional. No se dirá que vd. se ha burlado impunemente de la tranquilidad, y tal vez de la razon de un hombre, para irse á celebrarlo y reirse luego de él por ahí. ¿Quién es vd.? ¿dónde y cómo ha sabido vd. lo que sabe? ¡hable vd.! Ha dicho vd. demasiado para que ahora pueda vd. callar, hable vd., yo lo mando.

—Esa palabra sola me cierra los labios, respondió el empírico con grandísima sangre fria.

Esta calma burlona acabó de exasperar á Federico.

—¿Hablarás? gritó éste levantando una mano rechazada y contenida por un movimiento tan rápido por parte del charlatan, que se le cayeron su peluca y su barba, y dejaron ver el risueño y jovial rostro de Eusebio Trazas.

—Don Eusebio! dijo Concha en el colmo de la sorpresa.

—¡El! exclamaron Alberto y Enrique.

—¡Tú! dijo Federico, y si no le hubiesen sostenido, infaliblemente hubiera caído al suelo.

—Ese era el misterio de la ida al Escorial, dijo el señor de Vargas; bravo, bravísimo, buena broma. Me muero yo por las bromas.

—Pero don Eusebio, preguntó Conchita, ¿por qué lleva vd. ese vestido?

—Señorita, era una apuesta.

—No podía ser mas que una apuesta, añadió el abuelo.

—Todo lo adivino, dijo Alberto al oído del jóven; ¡eres sublime!

—Este era mi Pactolo; cuanto tocaba lo convertia en oro, le respondió Eusebio en el mismo tono.

—Pero que sea la vez última que te pongas ese vestido.

—¿Por qué? ¿Me sienta acaso mal?
 —La última vez, ó no vuelvo á verte en mi vida.
 *—Después de todo, pensó Eusebio, ya los he puesto en camino.
 Federico, con las mejillas cubiertas de lágrimas y estrechando con efusión sus manos:
 —¡Decir que le he tomado por el diablo! murmuró.
 —¿Me perdonas? le preguntó Eusebio.
 —¿Qué te he de perdonar? ¿Mi ventura, el haberte sacrificado por mí?
 —Ahora que he ganado mi apuesta, dijo alegremente Eusebio, confieso que me falta tiempo para volver á po-

nerme mis pantalones de cuadros y mi paletó gris.
 Esta fué la señal de volver á casa.

—Sí, decía Eusebio á sus amigos al día siguiente del matrimonio de Federico y de Conchita, para llegar á hacer de Alberto un autor dramático admitido en el teatro, y de tí un hombre grave, un hombre casado, no he necesitado mas que un poco de imaginación; alguna audacia, y mucha, muchísima perseverancia. Tales eran mis recursos. Me habia acordado que nuestro célebre Calderon habia dicho en una de sus comedias famosas: *que hombre pobre todo es trazas*.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

EMPLEO DE LOS VIDRIOS.

ANTEOJOS Y TELESCOPIOS.

Los dos aldeanos de Middelbourg.—Los anteojos.—Salvino Armati.—Zacarías Jansen.—El hallazgo de un niño.—Los anteojos de larga vista.—Galileo en Venecia.—Anteojos y microscopio.—Descubrimiento maravilloso.—Francisco Siriz.—El padre Rheita.—Newton y sus espejos telescópicos.—Historia de un jóven músico de Hannover.—Villiam Herichell y su hermana.—Trabajo y diversion.—El telescopio monstruo de Slongh.—Sus inconvenientes.—Monumento original.—Anécdotas fabulosas.—Euler et Dollond.—Un lente de cinco mil duros.—Una paparrucha americana.

En el año de gracia de 1600, el primer domingo de cuaresma, dos buenos aldeanos de Middelbourg, puestos de codos sobre una mesa de encina, en el portal de una vieja casucha, hablaban amistosamente vaciando un jarro de cerveza. El uno de ellos, que era el amo de la casa, tenia en la cabeza una gorrilla negra que hacia resaltar su cabellera y barba blanca. Llevaba una especie de gaban forrado de pieles y se dejaba ver en toda su persona el aire de un hombre distinguido, pacífico y reflexivo. El otro individuo tenia calado en su cabeza un sombrero puntiagudo y abollado, llevaba una chaqueta de color de castaña y una capa parda. Sus mejillas, coloradas y redondas, su nariz avinada y sus ojos saltones, daban á su rostro una espresion de chocarrera petulancia, á pesar de su cabello gris y bigote blanco. Era al fin un hombre de esos que jamás pueden estar quietos en ninguna parte.

—Por mucho que queráis decirme, maestro Jansen, dijo con chillona voz, jamás acabareis de persuadirme de que nuestro cofrade Van-Chock haya hecho con su mérito su fortuna. ¡El destino! vecino, ¡el destino! ¡todo está en eso!

—Esa es la doctrina de los turcos, ¡qué Nuestro Señor confunda! replicó el hombre pacífico, poniendo su vaso sobre la mesa, y por eso jamás han inventado nada; Así estaba escrito! Con esa frase no hacennada, se cruzan de brazos y fuman ópico.

—¿Pero cien veces en la vida no habeis experimentado que os ha sucedido tal ó cual cosa, sin que hubiéseis hecho nada para que os sucediese? Y ¿cómo explicais esos golpes de la suerte sino por el invencible poder del hado, de la fatalidad?

—¡Eh! sin duda yo no podré impedir que corra un río, empero puedo atravesarlo por el vado cuando tiene poca agua, y por el puente cuando lleva mucha. El que se aho-

ga en él es un torpe. Vos mismo á cada instante del día, ¿no conoceis que teneis entera libertad para hablar de diferentes modos, de dejarme en este momento, por ejemplo, y de marcharos á las Indias, como hizo nuestro compañero, cuya fortuna escita vuestra bilis? Si me negais esto, negais la evidencia de vuestros propios sentidos. Creedme, maestro, digan lo que quieran los perezosos y los tontos, nosotros somos dueños de nuestro destino. Influye la casualidad en tal ó cual suceso: pero no en la conducta de la vida entera.

—Me quemais con vuestras sentencias. ¿No veo yo todos los días esos golpes de la suerte? Y sin salir de nuestro oficio, ¿gestos anteojos, cuya fabricacion nos hace vivir con tanto trabajo á vos y á mí, estos anteojos tan útiles, tan maravillosos, como han sido inventados? Por casualidad.

—¡Por casualidad! ¡por casualidad! porque os da la gana de decirlo. El señor Salvino Armati, que vivia en Florencia hará cerca de tres siglos, y que ha hecho este soberbio descubrimiento, era un caballero muy sabio. Si alguna vez la casualidad levanta una idea, como el viento transporta un grano, es preciso que caiga, para que prenda y germine, en una tierra fecunda y bien preparada. No, no, maestro Juan, no hay casualidad, sino saber combinar bien las cosas.

—¡Por Mahoma! ¡qué ya es demasiado! por vuestra cuenta no dependería sino de mí el hacer los mas bellos descubrimientos que han enriquecido jamás al mundo.

—Sin duda: si pensais siempre en ello.

—¡Me hareis renegar de Dios! ¿y quién os impide entonces, mi buen amigo, el ser rico é ilustre?

Recogíase en sí mismo el hombre Zacarías Jansen, para responder á esta pregunta *ad-hominem*, cuando su hijo que estaba jugando en la puerta con unos pedazos de vidrio de los que habian tirado por no servir para nada, entró corriendo y gritando:

—Papá, papá, acabo de ver al Jakeemar dar con el martillo sobre la campana de la iglesia.

—¡Imbécil! dijo el vecino, déjanos tranquilos con tus tonterías. ¿Si apenas se ve de aquí el Jakeemar, como podría verse su martillo?

—Lo he visto sin embargo, maestro Juan, con estos dos vidrios así.

—Ved ahí una cosa singular, dijo Jansen con aire pensativo.

—¡Bah! ¿no veis que ese tunantuelo quiere divertirse á costa nuestra? Prosigamos nuestra plática, Zacarías. A mí